

LAS RAZONES QUE MOTIVAN LA GUERRA*

Rafael Antonio Ballén Molina**

Universidad Libre, Bogotá

rafaballen@yahoo.com

RESUMEN

Este artículo investiga las razones que llevan a que se declare y se inicie una guerra. Para obtener la información necesaria el investigador principal y los estudiantes recurrieron a fuentes documentales. En esta investigación se utilizaron tres métodos: el descriptivo, el histórico y el analítico-deductivo. Las conclusiones más importantes a las que se llegaron son: 1). La guerra no precedió al Estado, pues se trata de un flagelo de reciente aparición; 2). La guerra es fundamentalmente un producto propio de la evolución cultural; 3). Detrás de las causas materiales de la guerra, se esconden los presupuestos psicológicos del guerrero.

PALABRAS CLAVE

Política, Estado, guerra, causas materiales, personalidad del guerrero.

ABSTRACT

This paper searches out the reasons why a war is declared and waged. In order to access the necessary information, the head researcher and the students resorted to documentary sources. In this research, three methods were used: the descriptive one, the historical one, and the analytic-deductive one. The research team's main conclusions are: 1). War did not precede the State, it is a recent scourge; 2). War is basically a product of cultural evolution; 3). The warriors' psychological traits always hide behind the material causes of war.

KEY WORDS:

Politics, State, war, material causes, warrior's personality.

Fecha de recepción del artículo: 24 de marzo de 2010.

Fecha de aceptación del artículo: 20 de mayo de 2010.

* Artículo producto de la investigación terminada "Los males de la guerra. Colombia 1988-2008", que adelantó el Grupo Hombre, Sociedad y Estado, reconocido y categorizado por Colciencias. Este grupo desarrolla la Línea de Investigación Teoría Política y Constitucional, y está adscrito al Centro de Investigaciones Socio-jurídicas de la Facultad de Derecho de la Universidad Libre, entidad que financió el proyecto.

** Doctor en Derecho de la Universidad de Zaragoza, España, Abogado especializado en Derecho Administrativo en la Universidad Libre, Director del Centro de Investigaciones Sociojurídicas de la Universidad Libre, Sede Principal.

La violencia tiene su base en la agresividad, que, como la nobleza y la generosidad, es parte esencial del ser humano. En cambio, la guerra es el producto de un proceso de aprendizaje cultural que poco a poco se fue afianzando colectivamente hasta llegar a las inhumanas crueldades de hoy. Y más simple aún: en toda guerra hay violencia, pero no todo acto de violencia es una guerra. La violencia es natural; la guerra es artificial.

1. PROBLEMA

Frente a la guerra la inteligencia humana ha reaccionado de manera diferente. Una de esas reacciones consiste en confundir la violencia con la guerra. La guerra, como todo fenómeno de la sociedad, no surge de un momento a otro sino que obedece a un largo proceso de evolución y selección cultural. Una mirada simple a la historia política nos indica que la guerra es una desgracia de reciente aparición. No alcanza a ser tan antigua como la humanidad, y ni siquiera tiene la edad de la especie *Homo sapiens* moderna. Con base en distintos conceptos y en los múltiples conflictos armados que afronta el mundo de hoy, pretendemos resolver la siguiente pregunta: ¿Qué razones motivan la guerra?

2. METODOLOGÍA

En esta investigación se combinaron varios métodos, aunque los tres básicos fueron: el descriptivo, el histórico y el analítico-deductivo. El descriptivo fue de gran utilidad para la narración de los conceptos de los teóricos de la guerra. Mediante el histórico se pudo ubicar el momento probable en que apareció este flagelo de la humanidad. El método analítico-deductivo fue determinante para examinar las fuentes documentales de esta investigación.

3. CONTENIDO

3.1 Introducción

Los autores de las grandes obras de la literatura universal se han inspirado en la guerra: Homero, Hesíodo, Cervantes, Shakespeare, Tolstoi y García Márquez, entre otros, fundamentaron su obra en este flagelo de la humanidad. Y el título de la investigación de la cual hace parte este artículo –*Los males de la guerra*– lo tomé de una de las grandes preocupaciones de Platón en la conducción del Estado¹. ¿Por qué tantos pensadores se han ocupado de la guerra? Porque la guerra es una adicción que arrastra a muchos hombres de acción a involucrarse en su aventura, cuyas glorias y sufrimientos recoge la inteligencia de filósofos, artistas y poetas. “La adrenalina –dice el corresponsal de guerra Chris Hedges– que produce la batalla crea una adicción fuerte, muchas veces letal, porque la guerra es una droga, una droga que consumí durante muchos años”².

Por esta misma razón hay sobre la guerra múltiples conceptos y definiciones. Sus apologistas se han complacido en rodearla de los atributos más excelsos y han llegado a alabanzas hiperbólicas e inconcebibles. Entre los grandes apologistas de la guerra es preciso mencionar a Hegel y a Proudhon. El primero dice: “Es bella, buena, santa y fecunda: crea la moralidad de los pueblos y es indispensable para el mantenimiento de su salud moral. Es en la guerra donde el Estado se acerca más a su ideal, porque es entonces cuando la vida y los bienes de los ciudadanos están más estrechamente subordinados a la conservación de la entidad común”³. Por su parte, el segundo señala: “La guerra es nuestra historia, nuestra vida, toda nuestra alma, es la legislación, la política, el Estado, la patria, la legislación social, el derecho internacional, la poesía, la teología; es todo, en fin”⁴.

Pero al lado de los apologistas también hay pensadores que encuentran en la guerra el más terrible de los castigos de la humanidad, la cual jamás compensará sus sufrimientos con conquistas ni con indemnizaciones pecuniarias. Hesíodo, el filósofo del trabajo, dice que el hombre está sometido a dos géneros de lucha: una buena y otra mala. La primera es el trabajo, que se encuentra en todas partes, en el mar y en la tierra, y que perfecciona y hace mejor al

¹ PLATÓN. *República*, 372b.

² HEDGES, Chris. *La guerra es la fuerza que nos da sentido*. Madrid: Síntesis, 2003, p. 12.

³ Artículo “Guerra”. En: *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Madrid, Espasa-Calpe, 1925, t. 27, p. 36.

⁴ Ibid.

hombre. La lucha mala es la guerra, y, aunque ningún hombre la desea, los dioses se la imponen a la fuerza. “Pues una, la guerra, es funesta y la discordia acrecienta, cruel. Ningún mortal la quiere, sino que por fuerza, por voluntad de los inmortales, honran esa lucha gravosa”⁵. Uno de los más antiguos pacifistas de la historia es Heródoto, quien dice de este flagelo lo siguiente: “Nadie será bastante insensato para preferir la guerra a la paz. Durante la guerra, los padres entierran a sus hijos; en tiempo de paz, los hijos son los que entierran a los padres”⁶.

La definición más breve pero más gráfica es la de san Agustín: “La guerra es efusión de sangre, ruina de edificios, robos, incendios, lamentos y aflicción”⁷. El concepto de Tolstói tiene el mismo sentido, pero es un poco más extenso: “La finalidad de la guerra –dice– es el homicidio; sus instrumentos, el espionaje, la traición, la ruina de los habitantes, el saqueo y el robo para aprovisionar al ejército; las costumbres de la clase militar son la disciplina, el ocio, la ignorancia, la crueldad, el libertinaje y la borrachera, es decir, la falta de libertad”⁸. Agrega el escritor ruso que, a pesar de todo esto, la guerra y su alta burocracia son respetadas por todos y que se conceden las mayores recompensas a quien ha matado más gente⁹. Para el escritor francés Paul Valéry, quien fue funcionario del Ministerio de Guerra de su país, “la guerra es una masacre entre gentes que no se conocen para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran”¹⁰.

En su praxis, la guerra es una confrontación de fuerza entre dos o más sectores de la población, o entre Estados o potencias, en la cual cada uno de los adversarios pretende imponerle su voluntad al otro utilizando armas, violencia y agresividad¹¹. Aunque en las tácticas y estrategias de la guerra haya despliegue de inteligencia, astucia y habilidad, la confrontación en sí misma no es una controversia intelectual o científica para convencer al otro sino un choque violento en el que prevalece la fuerza física como único principio, y su propósito es “abatir al adversario e incapacitarlo para que no pueda proseguir su resistencia”¹².

Como se puede observar, en los últimos cinco pensadores citados hay un elemento común: ellos encuentran en la guerra un daño innecesario y cruel, como manifestación de una etapa envejecida de la evolución social, como elemento destructor de toda civilización, como acción opuesta a los más elementales principios de la solidaridad humana generalmente adelantada por humildes soldados que ni siquiera conocen a los del bando contrario, en beneficio de pequeñas élites.

Con relación a la antigüedad de la especie *Homo sapiens*, los antropólogos y arqueólogos nos revelan estos datos: *Homo sapiens* arcaico, de 400.000 a 200.000 años; *Homo sapiens* moderno, un poco menos de 100.000 años; *Homo sapiens* con las especificaciones lingüísticas, culturales y anatómicas de manos, ojos y oídos del hombre actual, entre 50.000 y 35.000 años, y *Homo sapiens* con vida organizada en bandas y pequeñas aldeas, menos de 35.000 años¹³.

⁵ HESÍODO. *Los trabajos y los días*, vv. 11-16. El poeta griego vivió en el siglo VIII a. C., y su preocupación de fondo no son los asuntos del Estado sino el trabajo. Sin embargo, los versos que tratan de la organización política de la sociedad, de la guerra y de la paz son de una gran agudeza y constituyen el punto de partida de otros pensadores. Hesíodo tuvo un disgusto familiar con su hermano Perses por la herencia que le dejó su padre, y en esta obra lo exhorta a que se dedique al trabajo en vez de estar buscando pleitos. Pero, entre uno y otro consejo, Hesíodo aprovecha para referirse a los problemas de la ciudad y, por supuesto, al más complejo de todos: la guerra. Con los dos tipos de lucha del hombre por la vida se inicia el poema, después del proemio, dedicado a Zeus.

⁶ HERÓDOTO. *Historia*. Madrid: Gredos, 1992, Libro I, 87.

⁷ SAN AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. México: Porrúa, 1966, p. 9.

⁸ TOLSTÓI, León. *Guerra y paz*. Madrid: Editores, 1998, p. 381.

⁹ Ibid.

¹⁰ SEÑOR GONZÁLEZ, Luis. *Diccionario de citas célebres*. Madrid: Espasa, 1999, p. 62.

¹¹ HILLMAN, Karl-Heinz. *Diccionario enciclopédico de sociología*. Barcelona: Herder, 2001, p. 405.

¹² CLAUSEWITZ, Carlos de. *De la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa de España, 1999, t. I, p. 179.

¹³ HARRIS, Marvin. *Nuestra especie*. Madrid: Alianza, 1995, p. 102.

De los anteriores datos podemos sacar dos conclusiones. En primer lugar, al menos durante 30.000 años, la vida de la especie *Homo sapiens* transcurrió en bandas y pequeñas aldeas, sin necesidad de faraones, reyes, ministros, presidentes, gobernantes, legisladores y generales que hicieran la guerra¹⁴. Y, en segundo lugar, cuando el hombre alcanzó la calidad biológica actual, no organizó la violencia de inmediato. El gran salto hacia la violencia se desarrolla con tres hechos fundamentales que se suceden paulatinamente durante muchos años: la domesticación de los animales, el establecimiento de la agricultura y la división del trabajo. El trabajo de dirección apareció en una etapa superior de la evolución cultural, hace unos 7.000 años. Es ahí donde nace la violencia como etapa inicial de la guerra, pues, habiendo ganado dinámica la ambición y el interés particular, en sus estadios salvajes y bárbaros el hombre era incapaz de hacerse obedecer sin recurrir a la fuerza.

En las bandas antiguas, todos se conocían, tenían lazos de amistad y se ayudaban recíprocamente. Los individuos vivían de la captura de animales, de la recolección de frutos silvestres, de formas rudimentarias de agricultura, y daban y recibían con generosidad, según los favoreciera la suerte en el trabajo cotidiano de subsistencia¹⁵. No se descarta que estas bandas y aldeas hayan tenido conflictos nacidos de la competencia por los recursos materiales, como la tierra, los bosques, los frutos y las presas de caza de los que dependía su conservación como especie. Pero, en tales casos, no había el propósito deliberado de arrasar totalmente al contrario a la manera en que se presenta la estrategia de la guerra moderna, sino el de expulsar a los vencidos o disminuir sus efectivos para lograr “más territorio, árboles, tierra cultivable, pescado, carne y otros recursos a disposición de los vencedores”¹⁶.

Los más antiguos guerreros que menciona la historia son los babilonios Sargón I, quien debió gobernar hacia el cuarto milenio a.C.; Sargón I (3800-3750 a.C.) y Hammurabi (1792-1750 a.C.). Vienen luego los hicsos o “reyes pastores”, quienes se apoderaron de Egipto y ejercieron el poder en aquel país entre 1786 y 1575 a. C. Sin embargo, estos guerreros no comandaban verdaderos ejércitos organizados sino bandas personales que seguían a un líder por su carisma o por su fuerza. Los embriones de un ejército propiamente dicho no hicieron su aparición sino después de 1500 a.C., y en un principio estaban conformados por todos los hombres de un pueblo o nación que estuviesen en edad de llevar las armas, que se movilizaban para una guerra determinada y luego se disolvían. Así fue, por ejemplo, el ejército israelita guiado por Moisés, en la época en que en Egipto gobernaba el faraón Menefé (1235-1224 a.C.). Y las primeras reglamentaciones de la guerra son de más reciente ocurrencia, posteriores al año 700 a.C., y en sus comienzos constituyen verdaderos rituales. Si alguna vez en la historia de la guerra han existido una limitación y un principio de humanización, fue precisamente en esta época, que podría calificarse de “idílica”, porque existía un código no escrito que generalmente se respetaba: por ejemplo, las hostilidades estaban prohibidas en épocas de siembra y recolección, y en el invierno no se peleaba, por el frío; ni en verano, por el intenso calor¹⁷.

Los primeros documentos escritos que hablan de la guerra constituyen fiel testimonio de que este flagelo no es tan antiguo como se suele decir. El código de Hammurabi usa una semántica propia del discurso castrense pero no contiene las palabras *ejército* y *guerra*. Lo más aproximado a estos conceptos es la frase “una campaña del rey”. Más elaborados aparecen los ejércitos que se enfrentaron en la guerra de Troya, que acaeció en un tiempo próximo al año 1200 a.C. Homero, en su *Iliada*, relata noticias concretas de ejércitos e instituciones militares un tanto serias, en las que había desaparecido el desorden de las masas armadas primitivas, reemplazado por cuerpos en los que existían unas ciertas cohesión, disciplina y dirección. “De sus cien naves era jefe el poderoso Agamenón Atrida; a

¹⁴ Ibid., p. 361.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Ibid., p. 313.

¹⁷ SUN TZU. *El arte de la guerra*. Traducción del chino al inglés e introducción de Samuel B. Griffith. Traducción del inglés al español de Jaime Barrera Parra. Bogotá: Panamericana, 1999, p. 59.

éste con mucho las más numerosas y mejores huestes lo acompañaban”¹⁸. En otro pasaje, señala la organización de los ejércitos: “Una vez ordenado cada ejército con sus príncipes, los troyanos marchaban con vocerío y estrépito igual que pájaros”¹⁹. Y el primer estratega teórico de la guerra es supremamente reciente frente a la historia del hombre: el chino Sun Tzu, a quien algunos historiadores ubican entre los siglos VI y V a.C., las más modernas y autorizadas investigaciones²⁰ señalan que vivió entre 400 y 320 a.C.

La guerra no precedió al Estado. Solamente en la última etapa de la formación política de la sociedad hizo su aparición la violencia. La formación y la evolución del Estado se dieron mediante un proceso de selección cultural en el que se observan estas etapas del hombre: cazador-recolector, cabecilla, gran abastecedor, gran hombre y líder o jefe político.

En esta última fase de la evolución política surgió la violencia. Todavía no era la guerra como violencia organizada de manera colectiva, sino la simple fuerza física de un cabecilla que a título personal, exigía el cumplimiento de obligaciones laborales. En efecto, muchos de estos cabecillas y grandes abastecedores y jefes alcanzaron la transición al Estado, pero muchos otros no lograron dar el audaz y peligroso salto y permanecieron en el estadio de simples cabecillas en sociedades igualitarias. Aunque el poder para dar órdenes y exigir obediencia les fue ajeno a los simples redistribuidores, sí fue incubándose en la personalidad de los grandes hombres y de los jefes políticos, y los indujo a la violencia, instrumento sin el cual algunas jefaturas no habrían alcanzado la transición al Estado.

De esa gran verdad del pasado no debemos sentir vergüenza los hombres de hoy. Es preciso reconocer la verdad antropológica y sentir vergüenza por los crímenes y atrocidades del presente. Los jefes políticos, en esa transición al Estado, eran tan hábiles para incitar al trabajo como para desencadenar la violencia. Hubo caudillos feroces e implacables cuyas casas estaban recubiertas con las calaveras de los hombres a quienes habían matado. Los hombres del común que eludían la obligación de hacer donaciones a sus jefes, que no alcanzaban las cuotas de producción o que se negaban a prestar su trabajo personal para la construcción de monumentos y otras obras públicas, eran amenazados con la violencia física, primera herramienta eficaz de la guerra²¹.

Para responder la pregunta con que se enuncia el problema, en este artículo se estudian y desarrollan seis temas que guardan relación entre sí: la genética y la guerra, los artificios del hombre para hacer la guerra, la cultura como elemento de la guerra, las causas de la guerra, la psicología de guerra y la personalidad del guerrero.

3.1 La genética no es culpable

El hombre es agresivo, envidioso y egoísta pero también noble y generoso, y tiene instintos afectivos. Si bien es cierto que puede estar predispuesto a la agresividad primaria, sus genes no están programados para dirimir las controversias mediante la guerra estratégicamente planificada con las armas más feroces e inhumanas. A pesar de los instintos agresivos que anidan en el hombre, antropólogos, sociólogos, historiadores y etólogos coinciden en señalar que la guerra es, fundamentalmente, un producto de la evolución cultural.

Este punto de vista ya lo había puesto de presente el historiador griego Polibio (209-127 a.C.) al referirse al origen de la primera guerra púnica, cuyas atrocidades fueron copiadas por otros depredadores bélicos. De acuerdo con él, los romanos invadieron la isla de Sicilia, específicamente la ciudad de Mesina, y se apoderaron de la población, degollaron a unos ciudadanos, expulsaron a otros, después tomaron a las mujeres y se repartieron las riquezas

¹⁸ HOMERO. *Iliada*. Canto II, 576.

¹⁹ *Ibid.*, Canto III, 1.

²⁰ SUN TZU. Op. Cit., p. 36.

²¹ HARRIS, Marvin. Op. Cit., pp. 394-395.

y todo el territorio, en el momento mismo del crimen. Y concluye su relato así: “Como se apoderaron rápida y fácilmente de un hermoso país y de una bella ciudad, no tardaron en encontrar imitadores de sus fechorías”²².

La esencia de la conclusión a la que llegó Polibio se comprueba científicamente, después de veintiún siglos mediante muchos experimentos, entre éstos el realizado por Albert Bandura, a quien Irenäus Eibl-Eibesfeldt cita en su obra *La sociedad de la desconfianza. Polémica para un futuro mejor*. Bandura exhibió ante un grupo de niños una película en la que una persona maltrataba unas muñecas. Al mismo tiempo, otro grupo de niños vio una película en la que una persona trataba cariñosamente a las muñecas. Después, en los juegos libres que siguieron a las películas, “los niños que habían observado el modelo agresivo trataron sus muñecas con agresividad, mientras que los que habían visto el modelo cariñoso se comportaron amablemente”²³. Así pues, la agresividad y su amplificación a través de la evolución cultural tienen una cara diametralmente distinta, constituida por una conducta afectuosa y cálida que se convierte en la esperanza de la paz de toda la humanidad. En efecto, los seres humanos, en múltiples actos de la vida y de la muerte, nos tratamos cordialmente, nos abrazamos, nos besamos y llegamos a la intimidad.

La guerra no es intrínseca o innata al hombre. No son los genes los que llevan marcada la guerra ni los que provocan la violencia. “No se nace criminal, monje, prostituta, poeta o soldado”²⁴. Se necesitan unas pautas culturales, un grado de educación y cierto entorno social que den comienzo a cada tipo de oficio. Tampoco hay pueblos que, de manera innata, sean más violentos que otros; puede haber circunstancias sociales, religiosas y políticas que hagan a un pueblo más luchador o más resistente al sufrimiento y a los atropellos de otros, como el afgano, que durante más de tres mil años ha soportado la agresividad y humillación de todos los imperios.

Si observamos cuidadosamente a *Homo habilis*, a *Homo erectus* y a *Homo sapiens*, y al trabajo desarrollado por estas tres especies, vemos que existen, entre el hombre y los demás depredadores, en relación con la lucha por la vida, dos grandes diferencias que nos muestran que nada tiene que ver la genética con el origen, el desenvolvimiento y la afirmación de la guerra. En primer lugar, el hombre carece de las garras, los letales caninos, los agudos sentidos que les permiten olfatear y ver a grandes distancias y de las raudales velocidades de los demás depredadores. En segundo lugar, la cooperación, no la agresividad, es lo acentuado en el hombre. Gracias a esta cooperación logra cazar a los grandes depredadores utilizando su inventiva y trampas, argucias, habilidades y destrezas que sólo consigue desarrollar en grupo.

A propósito de la relación de la genética y la cultura con la guerra, el 16 de mayo de 1986 veintidós pensadores reunidos en Sevilla (España), entre quienes había etólogos, genetistas, neurólogos, antropólogos, sociólogos, psicólogos e historiadores, expidieron la *Declaración de la violencia* y en este documento señalaron de manera puntual lo siguiente:

En primer lugar, es “científicamente incorrecto” decir que los humanos hemos heredado de nuestros antepasados animales una predisposición a hacer la guerra. “La guerra es un fenómeno característico de los humanos y no aparece entre los animales [...]. Es un hecho que la guerra ha sufrido un cambio radical a través del tiempo, lo que indica que es un producto de la cultura”. Existen culturas en las que durante siglos no ha habido guerras, y hay otras que en algunas ocasiones han hecho la guerra mientras que en otros períodos no han tenido enfrentamientos bélicos.

En segundo lugar, es “científicamente incorrecto” decir que “la guerra u otro comportamiento agresivo está genéticamente programado en nuestro ser”. Excepto en patologías muy raras, los genes no producen individuos

²² POLIBIO. *Historias*. Op. Cit., Libro I.

²³ EIBL-EIBESFELDT, Irenäus. *La sociedad de la desconfianza. Polémica para un futuro mejor*. Barcelona: Herder, 1996, p. 63.

²⁴ GENOVÉS, Santiago. *Expedición a la violencia*. México: Universidad Autónoma de México. Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 245.

necesariamente predispuestos para la guerra o para la paz. “Los genes sí están coinvolucrados en el establecimiento de nuestras capacidades de conducta, pero no son ellos mismos los que especifican el resultado”.

En tercer lugar, es “científicamente incorrecto” decir que en el transcurso de la evolución humana ha habido una selección del comportamiento agresivo por sobre otros tipos de conducta: “La violencia no está ni en nuestro legado evolutivo ni en nuestros genes”.

En cuarto lugar, es “científicamente incorrecto” decir que los humanos tenemos una “mente violenta”: “Nuestra manera de actuar se determina conforme hayamos sido condicionados y socializados. Nada, en nuestra constitución neurofisiológica, nos impulsa a reaccionar violentamente”.

En quinto lugar, es “científicamente incorrecto” decir que la guerra es una consecuencia del “instinto” o de alguna motivación semejante. La tecnología de la guerra moderna “ha exagerado rasgos que se asocian con la violencia en el entrenamiento de combatientes, y en la preparación de apoyo a la guerra de la población. Debido a esta exageración de rasgos, éstas se toman, con frecuencia y equivocadamente, por causas en vez de por consecuencias del proceso”.

Finalmente dice la *Declaración* que la biología no condena a la humanidad a hacer la guerra y que la sociedad podría librarse de la esclavitud del pesimismo biológico y tener la confianza necesaria para enfrentar los retos de transformación que se necesitan. Si bien es cierto que estos retos son institucionales y colectivos, también lo es que se hallan en la conciencia de cada individuo: “Así como la guerra se inicia en la mente humana, también la paz se origina en nuestras mentes. La misma especie que inventó la guerra tiene la capacidad para inventar la paz. La responsabilidad es de cada uno de nosotros”²⁵.

3.2 La guerra es un artificio del hombre

Toda sociedad actúa, evoluciona, marcha, se desarrolla, progresa y vive por medio de sus instituciones. Una institución es un sistema de pautas o normas que regulan la conducta de la colectividad, con el propósito de satisfacer necesidades sociales básicas. Dentro de una misma sociedad hay una gran variedad de instituciones: unas con rígidas obligaciones y otras con flexibilidad operativa, unas locales o sectoriales y otras tan amplias como la propia sociedad, unas con elevados principios sociales y otras con valores laxos. Sin embargo, la clasificación más elemental es la que divide a las instituciones en principales y subsidiarias. Las instituciones *principales*, o básicas, son aquellas en las que participa el mayor número de personas, aquellas que son esenciales a la sociedad y que se consideran de la mayor importancia para el individuo y para el bienestar general. Estas instituciones desarrollan las funciones de los grupos sociales principales y son la familiar, la educativa, la religiosa, la recreativa, la económica y la política. Las instituciones *subsidiarias* son las numerosas instituciones menores y variables que se hallan contenidas dentro de las principales.

La institución *familiar* es la expresión de un grupo social constituido por personas vinculadas por la sangre, el matrimonio o la adopción, y caracterizado por la residencia común, la cooperación económica, la reproducción y el cuidado de la descendencia. La familia es la más universal de todas las instituciones. En todas las familias hay disgustos, controversias y discusiones acaloradas, y en muchas de ellas hay violencia, agresividad y maltrato verbal y físico. Sin embargo, como institución, la familia y sus miembros logran cumplir sus papeles y hacerse respetar mediante el diálogo y el ejemplo, sin necesidad de recurrir a las armas.

La institución *educativa* prepara al hombre para el trabajo y para la vida mediante el desarrollo y el perfeccionamiento de las facultades intelectuales y morales del niño y del joven por medio de preceptos, de ejercicios y, fundamen-

²⁵ Ibid., pp. 26-31.

talmente, del ejemplo. Aunque hubo etapas de la evolución de la sociedad en que se exigía el aprendizaje bajo presión psicológica y en ocasiones se recurría a castigos físicos según el principio “la letra con sangre entra”, hoy esos métodos han desaparecido por completo. No es necesario recurrir a la violencia o al castigo, ni físico ni moral, para transmitir conocimientos y lograr la formación del hombre.

La institución *religiosa* satisface la necesidad básica del hombre de establecer relaciones con Dios. Se manifiesta por medio de las creencias y las formas de culto practicadas en común. Contiene siempre sistemas morales y éticos que indican lo que es bueno y lo que es malo con respecto a pautas de comportamiento tanto externas como conceptuales. Instituciones subsidiarias suyas son las relaciones entre el clero y los seglares, los sistemas de oración y las disposiciones para los servicios religiosos. La inmensa mayoría de las religiones recurre al chantaje, al engaño, a la estafa y a la amenaza de un castigo divino para lograr la obediencia; y algunas han recurrido y recurren a las armas para buscar la conversión de los infieles y herejes. Sin embargo, esto no es la regla general: también se apela a la fe.

La institución *recreativa* satisface la necesidad de descanso físico y mental. Abarca numerosas instituciones subsidiarias como los juegos, deportes y danzas, así como los sistemas estético-artísticos: música, pintura, teatro, etc. De vez en cuando se ven actos de violencia en algún campo deportivo, pero, por regla general, esta institución es la más pacífica de la sociedad.

La institución *económica* es la configuración de pautas sociales de comportamiento por medio de las cuales se proporcionan a la sociedad bienes materiales y servicios. Implica fundamentalmente la producción, la distribución, el intercambio y el consumo de artículos. A esta institución principal pertenecen muchas instituciones subsidiarias como la banca, el crédito, la publicidad, el comercio, etc. El principal instrumento de la institución económica es el trabajo subordinado, y éste, durante algunas épocas de la historia, se ha exigido mediante la violencia física y psicológica, como ocurría en el período esclavista, en el feudalismo y en los tiempos de la revolución industrial. Hoy se busca el cumplimiento de las obligaciones contractuales sin necesidad de recurrir a la violencia, negociando las diferencias económicas entre empleadores y trabajadores.

La institución *política* actúa principalmente para satisfacer la necesidad de administración general y de convivencia en la sociedad. Dentro de ella hay muchas subinstituciones, como la legislativa, la policial, los sistemas de designación y elección de personas para ocupar cargos públicos y las relaciones diplomáticas. Y, por supuesto, aún subsiste la inútil y nefasta subinstitución militar. La política es la única institución de la sociedad que, para lograr la obediencia de sus miembros, tiene que recurrir a las armas.

Por qué, si las demás instituciones actúan y cumplen sus funciones sin recurrir a la fuerza física, tiene la institución política que acudir a las armas para lograr la legitimidad? ¿Por qué hay unos Estados que carecen de armas, de ejércitos y de guerras y, sin embargo, cumplen sus fines y funciones? Porque la guerra es algo artificial, innecesario e inventado, que no se halla en la naturaleza del hombre.

¿Podrá haber algo más artificial que la preparación para la guerra? ¿Habría habido algo más artificial que la conformación de un equipo de científicos, la asignación de un presupuesto y la fijación de la misión de construir la bomba atómica? ¿Habría habido algo más artificial que el montaje de George W. Bush para legitimar el ataque a Irak: amenazas, sobornos, espionaje, presiones, abultada chequera para comprar apoyo?

¿Puede haber algo más artificial que el trabajo sucio que hacen la CIA y todos los organismos de espionaje de los Estados paranoicos y expansionistas? En sí mismo, el espionaje es un artificio, porque no es un trabajo corriente donde se conozcan las partes contractuales sino un oficio clandestino donde todo se oculta y se pone en riesgo la vida de sus agentes. Se intervienen los teléfonos, se envían mensajes cifrados, se hace exámenes microscópicos para establecer las hipotéticas fisonomías que una persona puede adoptar: con bigote, con barba, con gafas, con peluca, etc. Para lograr que un agente cambie de bando se recurre a la amenaza, al dolor físico, al sufrimiento,

a provocarle ansiedad, depresión y agotamiento de la inteligencia. Se hacen experimentos sobre la conducta, primero con animales (gatos, perros) y luego con seres humanos a quienes se puede asesinar porque son sujetos “prescindibles”²⁶. Se hacen lavados de cerebro, mediante la repetición constante de una palabra o de una frase hasta lograr que el torturado fije el mensaje en su conciencia. Se emplean sustancias que tienen la virtud de alterar la identidad sexual del individuo. Se hacen investigaciones científicas y se gastan ingentes sumas de dinero para encontrar el modo de controlar la mente humana. ¿Hay algo más artificial que el montaje y el sostenimiento de un aparato así?

En Colombia ¿habrá algo más artificial que el Plan Colombia? En este país de 45 millones de habitantes, de los cuales 27 millones son pobres, ¿habrá algo más artificial que la maquinación de un presidente y todos sus ministros en pos de las herramientas necesarias para sacarles del bolsillo a los colombianos 800 millones de dólares que permitan intensificar la guerra? En este país ¿habrá algo más artificial que un grupo de artesanos que utilizan su ingenio y sus manos en construir un artefacto para dispararlo sobre la Casa de Nariño? Éste es un pugilato artificial, como todos los pugilatos de la guerra; sólo que en Colombia el desequilibrio es descomunally artificial, hasta el punto de que uno de los bandos tiene un retraso de quinientos años en relación con la tecnología del otro. De un lado, el avión fantasma computarizado, con la sofisticación y la tecnología de muerte de la guerra de última generación, que bombardea “cambuches de hule y hojas de plátano, y, del otro, apenas un artefacto de fabricación casera que, utilizando pólvora como impulsor de un proyectil sin ninguna dirección, pretende demoler el búnker donde se concentra el poder.

Es natural que, en una riña imprevista, un hombre le quite la vida a otro. Es natural que dentro de la institución familiar se alteren los ánimos y se produzcan lesiones personales e incluso se ocasione la muerte de uno de los cónyuges. Es natural que, en una empresa, el empleador ultraje al trabajador y éste reaccione violentamente, y como resultado sobrevenga una desgracia personal. Es natural que, en un campo deportivo, las emociones de los hinchas de un equipo conduzcan a enfrentamientos con quienes apoyan al equipo contrario. Es natural que dos hombres se traben en una disputa religiosa, se alteren los ánimos, y uno de los dos elimine al otro. Todo lo anterior es natural. Pero no es natural que un gobernante soberbio y vanidoso organice una tropa, levante recursos y planee exterminar a un pueblo. Eso ya es artificial. Y los artificios de un gobernante, los artificios de una comunidad, los artificios de un imperio, los artificios de un Estado, los van aprendiendo otros hombres, otras comunidades, otros imperios, otros Estados, mediante un proceso de transmisión cultural.

3.3 La guerra es producto de la cultura

¿Cuándo nació la cultura? La cultura, al igual que la vida, tiene un proceso de formación, de selección y de afirmación. Pero mientras la vida tiene una antigüedad de unos 4.000 millones de años, la cultura, en cambio, es supremamente joven: tan sólo tiene unos seis millones de años; es decir existe desde el momento en que nuestros más antiguos parientes descendieron de los árboles y dieron inicio a la línea evolutiva de la cual surgió la humanidad. Aquí se marca una brecha entre lo que es la simple evolución natural y la iniciación de una línea cultural: por un camino marchan los monos antropoides modernos que todos conocemos y, por el otro, los antecesores del hombre, los *homínidos*, formadores de procesos culturales.

²⁶ THOMAS, Gordon. *Las torturas mentales de la CIA*. Barcelona: Ediciones B, 2001, p. 89. Thomas es autor de más de cuarenta libros. La obra que me ha servido de consulta en este trabajo, es la historia real de William Buckley, un audaz agente de la CIA, amigo personal de Thomas, especialmente preparado para coordinar los artificios de la guerra, que murió mediante la aplicación de dichos métodos cuando cayó en manos del bando a cual espiaba. Los sujetos a quienes los agentes de la CIA califican de “prescindibles”, son aquellos que deben morir, por cualquier razón: porque saben mucho, porque tienen un grado de razonamiento distinto al impuesto por ese organismo, porque no tienen las bases físicas y mentales para resistir las pruebas, a las cuales son sometidas, etc. En Colombia, la palabra “prescindible” de la CIA, tiene un sinónimo: “desechable”. Es el indigente que carece de valor humano y en consecuencia, puede ser objeto de “limpieza social” por parte de grupos paramilitares, o de “falsos positivos” por parte del Ejército.

En el proceso inexorable de evolución de la vida y del hombre se pueden distinguir cuatro clases sustanciales de trabajo: biológico, corporal, inventivo y directivo. En estas cuatro actividades o procesos medulares se halla toda la historia del hombre, desde sus más antiguos y frágiles pasos por la vida hasta los más audaces vuelos de su inteligencia, incluyendo la dirección del Estado y el oficio de la guerra. Mediante la primera actividad o proceso, el hombre es el producto supremo del trabajo, de tal modo que se puede afirmar que el trabajo biológico ha creado al hombre, y no al contrario, como se podría pensar.

Dice Darwin que las especies han evolucionado de una manera “lenta y gradual”, modificándose “por variación natural”. Y añade: “Las especies nuevas han aparecido muy lentamente, unas tras otras, tanto en la tierra como en el agua”²⁷. A esta evolución “lenta y gradual” es a lo que yo llamo “trabajo biológico”, que se podría definir como el conjunto de procesos que, durante largos períodos de tiempo, han realizado las diferentes especies para lograr su supervivencia, sus cambios fundamentales y los perfeccionamientos alcanzados por ellas a lo largo de siglos y milenios²⁸. Este tipo de trabajo fue el primero y el más importante que experimentó el ser humano desde las primeras etapas de su evolución como especie inferior, luego como simple homínido –el más antiguo ascendiente del hombre– y, más tarde, como *Homo sapiens*.

Es indispensable observar que el trabajo biológico más acentuado y definitivo en la formación de la inteligencia del hombre se produce a partir del ascendiente homínido, en las dos especies que precedieron al *Homo sapiens*; es decir, el *habilis* y el *erectus*. El *Homo habilis* empleó instrumentos de piedra para obtener pequeños trozos de sílex provistos de bordes cortantes, que perfeccionó el *Homo erectus*, desarrollando los dos una cultura supremamente primitiva. Tanto *habilis* y *erectus* como *sapiens*, en la lucha por proveerse el sustento diario, recolectaban toda clase de semillas, frutos, raíces y hojas, y cazaban conejos, aves, bisontes y mamuts. Mientras los avances culturales fueron lentos, lentísimos, al paso de *habilis*, *erectus* y *sapiens*, en su categoría de cazadores y recolectores, no hubo guerra. En todas las actividades, las tres especies de *homo* utilizaron herramientas pero no armas ni, mucho menos, ejércitos.

A diferencia de la selección natural, que depende de la herencia, la cultura depende de la enseñanza accidental, metódica o impuesta que las generaciones viejas van impartiendo a sus descendientes naturales o que las agrupaciones sociales contemporáneas van imponiéndose unas a otras. Al comienzo, el proceso de afirmación cultural fue supremamente lento, casi tan imperceptible como la selección natural; transcurrió a través de las distintas etapas del trabajo biológico, material, creativo y directivo, y se necesitaron de siglos, y hasta de milenios, para que un sistema cultural se impusiera sobre otro. Sin embargo, en la medida en que avanzan los procesos sociales, la cultura se ha vuelto fugaz y refinada, hasta el punto de que hoy, por la velocidad de las comunicaciones, son suficientes unos pocos días u horas para que la moda, la música, las creencias religiosas, la comida, los armamentos y los sistemas de guerra de una cultura le sean impuestos a otra o sean copiados fácilmente por una tercera. Es decir, dependiendo de las circunstancias, pautas y valores culturales pueden iniciarse, en un momento dado, en una sociedad determinada, con enorme facilidad.

Por el vertiginoso progreso y la efectividad de las comunicaciones, hoy se vive la cultura de la violencia. Ésta es parte normal de la vida. Desde el momento mismo en que un niño nace comienza a recibir, por el abuso de los medios de comunicación, especialmente de la televisión, mensajes de violencia que afectan su vida emocional. Y, a medida que crece, los mensajes de violencia se van reafirmando en su conciencia, pues parte esencial de la formación del hombre depende del medio ambiente que lo rodea, y si una sociedad tiene expresiones de violencia,

²⁷ DARWIN, Carlos. *El origen de las especies*. México: Porrúa, 1997, p. 243.

²⁸ BALLÉN, Rafael. *Teoría general de derecho del trabajo*. Bogotá: Forum Pacis, 1994, p. 280. Los conceptos sobre los demás tipos de trabajo, se pueden encontrar en cualquier texto relacionado con el tema.

éstas influyen en el individuo de la misma manera en que las células de un árbol o de un animal se ven afectadas por su contacto con la naturaleza²⁹.

Cuando una sociedad ha alcanzado una avanzada cultura de guerra, los pueblos viven su mayor calamidad. Todos los hombres y todas las mujeres tienen metida la guerra en la cabeza, y hasta se les puede leer la ansiedad bélica en el rostro; pierden el equilibrio mental y se genera una locura colectiva capaz de sacrificar las armas y las tropas. Todo un pueblo, una raza o una nación piensa y obra en función de la guerra: niños, ancianos, periodistas, comerciantes, curas, prostitutas, intelectuales: cada uno hace su oficio como lo exige la guerra, porque todos viven su esquizofrenia.

Metida en el alma de la población civil, esta cultura de la guerra retroalimenta y acaba de enloquecer a la tropa, y, aunque la guerra no sea de las inspiradas en el fanatismo religioso, todos los guerreros creen ciegamente que los dioses están de su lado, los protegen, los ayudan y les agradecen sus batallas. En este punto y hora de la cultura de la guerra es imposible una reflexión de paz, aun entre las víctimas de los bombardeos, porque se radicalizan las posiciones, y quien intente razonar, hacer un juicio o examen sobre la brutalidad de la guerra, será tildado de antipatriota y cómplice del adversario.

3.4 Causas de la guerra

Con relación a la pregunta: ¿qué motiva u ocasiona la guerra?, es conveniente, ante todo, distinguir entre las causas verdaderas y las que se alegan frente a la opinión pública en las declaraciones y documentos protocolarios. Las causas de la guerra, las que realmente desencadenan los hechos bélicos internos o internacionales, muchas veces se mantienen ocultas o se disfrazan con pretextos falaces. Sabemos, por el breve estudio realizado en el punto anterior, que los orígenes de la guerra no se encuentran en nuestro pasado animal ni en nuestros antecedentes homínidos. Entonces ¿qué genera la guerra? Las causas de la guerra han variado de acuerdo con las fases históricas de la humanidad: mientras en las comunidades primitivas existieron unas determinadas fuentes de conflictos, en las sociedades modernas tienen presencia otras motivaciones.

En los albores de la organización política, en el momento en que la gran jefatura trascendió al Estado, la causa de la guerra era la necesidad de imponerse, lograr obediencia a las condiciones de trabajo de los recolectores y cazadores por parte de quien aspiraba a convertirse en gobernante. Organizadas las primeras ciudades-Estado, la causa de la guerra fue la conquista del territorio de los pueblos vecinos, y en una primera etapa culminó con el arrasamiento total de los vencidos, es decir con su eliminación física; en estadios superiores de civilización, a los vencidos se los hizo esclavos para someterlos a trabajos forzados, para venderlos al mejor postor o para cobrar rescate por ellos a los pueblos derrotados.

Estatuidos los imperios, las causas de las guerras fueron la ambición de conquista y el deseo de gloria del guerrero, la inmensa mayoría de las veces disfrazadas de propósitos de colonización, de ubicación de puertos comerciales, de disputas religiosas o de incremento de los medios de subsistencia y del espacio vital de los pueblos, a cuyo nombre se declaró o se hizo la guerra. Más tarde, cuando los pueblos colonizados se cansaron de las injusticias de los imperios, el objeto de la guerra fue lograr la independencia nacional. Las causas de las guerras civiles que han enfrentado las distintas naciones se hallan en las diferencias de concepciones políticas, económicas, religiosas y étnicas de los componentes de la sociedad. Finalmente, como causas sociales de las guerras insurgentes se podrían mencionar la pobreza, el hambre, el desempleo, las enfermedades y la falta de servicios públicos en general. Muchas de estas tonalidades de causas de la guerra se hallan acompañadas de altas dosis de venganza, odio y rencor derivados de contiendas anteriores.

²⁹ COUSINS, Norman. Op. Cit., pp. 127 y 128.

De toda la gama de razones mencionadas en los párrafos anteriores, y de las muchas más que pueden haberse omitido, se concluye que las causas de la guerra son de dos clases: materiales y psicológicas. En las primeras obra un componente sociológico que se puede apreciar fácilmente con una observación superficial de la historia. En las segundas actúa un elemento subjetivo hasta ahora no cuantificable por lo inexplorado de la personalidad del hombre en general y del guerrero en particular.

En el mundo moderno actúan tres causas materiales de la guerra: el expansionismo imperial, el fanatismo étnico-religioso y la injusticia social. El expansionismo imperial materializa sus propósitos en varias modalidades: la conquista, la guerra preventiva, la guerra comercial, la agresión, el enclave militar, la simple expansión y la consolidación, protección y defensa de los intereses de sus compañías transnacionales. Ésta es la realidad tangible, pero el expansionismo imperial esgrime múltiples pretextos, siendo los principales la adquisición o el incremento de los recursos de subsistencia, la seguridad nacional, el espacio vital, la acción humanitaria y, según Geroge W. Bush, la prevención de un ataque. A cuál más, estas disculpas son groseras falacias que el expansionismo blande para legitimar sus guerras, pues generalmente el país que más invade o interviene en un conflicto bélico es aquel que tiene más recursos materiales para alimentar a su población, posee más arsenales para preservar la seguridad hipotéticamente violada y encierra extensos territorios, más que suficientes para que vivan dignamente todos sus habitantes.

El embuste mayor consiste en pregonar ante la opinión pública nacional e internacional que una intervención armada tiene como finalidad la protección humanitaria. El desembarco de tropas imperialistas no tiene otra finalidad que aplastar, humillar, vencer y arrasar ejércitos nacionales o disidentes en conflictos internos, o simplemente no afectos al país intervencionista, con la intención cierta de preservar o afanzar sus intereses. Un caso de expansión imperial disimulado bajo el argumento de la conmoción moral del pueblo norteamericano fue la intervención de Estados Unidos en Cuba entre 1898 y 1902 con motivo de la independencia de esta isla del Caribe. En la mitad del conflicto, el Congreso estadounidense dijo el 20 de abril de 1898: “Las aborrecibles condiciones que han existido por espacio de más de tres años en la isla de Cuba, tan próxima a nuestras propias fronteras, han conmocionado el sentido moral del pueblo de Estados Unidos”³⁰. Ante la opinión pública, la intervención norteamericana pretendía proteger al pueblo cubano de la agresión de las tropas españolas, pero detrás de este pretexto había intereses menos nobles: en primer lugar, proteger las inversiones norteamericanas en la producción de azúcar y, en segundo lugar, explorar desde allí la construcción del canal de Panamá para conectar los dos océanos, camino de gran valor estratégico para sus nuevos planes de expansión³¹.

De paso, estas intervenciones, llamadas “humanitarias” y de “liberación” de pueblos, se llevan por delante a la población civil, que debe arrastrar con sus niños, sus ancianos y sus mujeres en busca de refugio en los países vecinos. Ejemplos hay muchos: las guerras del Golfo, Kosovo y Afganistán y el descarado genocidio del pueblo iraquí, para sólo recordar las últimas agresiones de Estados Unidos.

El fanatismo étnico-religioso es un hecho tangible en el día a día de las guerras que se libran, especialmente, en los Balcanes, en el Oriente Medio y en Argelia. Y es el tema del libro *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* del profesor Samuel Huntington. Con una apreciación muy respetable, pero demasiado subjetiva, Huntington no admite sino esta causa como fuente de conflicto: una vez que ha concluido la Guerra Fría entre los dos bloques del orden mundial, lo que se observa es un “choque de civilizaciones”, con el que la injusticia social nada tiene que ver. “En el mundo de la posguerra fría –dice–, las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni económicas: son culturales”³². Y más adelante añade: “En este mundo, la

³⁰ WALZER, Michael. *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Barcelona: Paidós, 2001, p. 151.

³¹ Ibid.

³² HUNTINGTON, Samuel P. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós, 2001, p. 21.

política local es la política de la etnicidad; la política global es la política de las civilizaciones. La rivalidad de las superpotencias queda sustituida por el choque de las civilizaciones”³³. El punto de vista de Huntington es válido si se mira la realidad con los ojos imperialistas de los dirigentes de los Estados Unidos de Norteamérica, quienes no observan el mundo con imparcialidad sino con la óptica que favorezca sus intereses, pues en el mundo sí existen grandes injusticias que generan controversias, luchas y enfrentamientos armados.

Las controversias entre las civilizaciones tienen un peso significativo en el universo de la guerra, pero, si se miran con objetividad los distintos problemas bélicos que hoy se desarrollan en todo el planeta, no son sus únicos motivos. Es tal el compromiso de Huntington con la política guerrerista de los Estados Unidos, que un colega suyo, militante de las ideologías de Occidente, Jacques Delors, dice en la contracarátula del libro citado que comparte plenamente la conclusión a la que llega el autor de *El choque de civilizaciones*, pero que éste no debe limitarse a ese enfoque, porque también hay subdesarrollo, desempleo y pobreza. “Occidente necesita desarrollar –dice Delors– una más profunda comprensión de las concepciones religiosas y filosóficas de otras civilizaciones, de los puntos de vista y los intereses de otras naciones, de lo que tienen en común con nosotros. Pero no nos precipitemos. El fundamentalismo religioso y cultural sólo puede ganar terreno utilizando en beneficio propio los problemas contemporáneos: el subdesarrollo, el desempleo, las desigualdades más flagrantes y la pobreza”.

La apreciación de Delors nos pone de presente que los conflictos étnico-religiosos van de la mano con la pobreza y la exclusión en que viven muchos pueblos. Es lo que sucede en el conflicto interno que se libra en Argelia, donde a la causa integrista islámica se unen motivaciones sociales debidas a la miseria de algunas capas de la población, enfrentadas a una pequeña minoría que aprovecha la guerra sucia para llenar sus arcas con el dinero y el petróleo del Estado, utilizando el poder corrupto que se transmite sin pudor de padres a hijos³⁴.

Las palabras de Delors en la contracarátula del libro de Huntington reflejan la evidencia de la injusticia social como causa de la guerra. Esta realidad es denunciada por muchos pensadores, entre ellos el premio Nóbel de Literatura José Saramago, quien, en un excelente artículo, escribe sobre la “injusticia globalizada”, lo siguiente: “Si hubiese justicia, ni un solo ser humano más moriría de hambre o de tantas dolencias incurables para unos y no para otros. Si hubiese justicia, la existencia no sería, para más de la mitad de la humanidad, la condenación terrible que objetivamente ha sido”. Y añade que muchos movimientos de resistencia luchan sin tregua en todo el mundo para alcanzar una nueva justicia distributiva: “Cada vez más fuertes, por todo el mundo, múltiples movimientos de resistencia y acción social pugnan por el establecimiento de una nueva justicia distributiva que todos los seres humanos pueden llegar a reconocer como intrínsecamente suya”³⁵.

Como un fiel testimonio de esta interpretación, todos los movimientos armados que se iniciaron durante el siglo XX en América Latina, desde México hasta Argentina, pasando por Colombia, Perú y Uruguay, tuvieron origen no en el “choque de civilizaciones” sino en la injusticia social.

Las *causas psicológicas* de la guerra aún no han sido tocadas por los estudiosos y analistas de este flagelo de la humanidad, con la honrosísima excepción de Homero, quien, precisamente, comienza la *Iliada* con la cólera de Aquiles³⁶. Siempre se habla de estas razones: la conquista, las disputas ideológicas, el fanatismo étnico-religioso y las desigualdades sociales. Todas éstas son causas para mostrar, porque son materiales, tangibles, concretas. Pero, detrás de ellas está la esencia psicológica que en definitiva, marca la personalidad del guerrero: su arrogancia, su odio, su

³³ Ibid. p. 22.

³⁴ SOUAÏDIA, Abib. *La guerra sucia. El testimonio de un ex oficial de las fuerzas especiales del ejército argelino, 1992-2001*. Barcelona: Ediciones B, 2002, p. 16.

³⁵ SARAMAGO, José. “Este mundo de la injusticia globalizada”, artículo publicado en Lecturas Dominicales de *El Tiempo*. Bogotá: domingo 24 de febrero de 2002, p. 2.

³⁶ HOMERO. *Iliada*. Canto I, 1.

vengatividad, sus ansias de gloria, que justifica con el pretexto de la ofensa, de la provocación y de la prevención. Sin este elemento psicológico difícilmente se declarará una guerra, así haya mil razones de orden material. Si la capacidad dialéctica del guerrero tuviera el alcance suficiente para superar su arrogancia y sus ansias de gloria, no habría declaración de guerra. Son tan poderosas las causas psicológicas, que, mientras las razones materiales han variado a lo largo de la historia (necesidad de recursos, conquista, colonización, expansionismo, desigualdades sociales, etc.), aquéllas se mantienen incólumes y han sido y son la constante de todos los guerreristas, militares y civiles, de todos los tiempos, desde los más antiguos hasta los actuales.

La vanidad sin límites, el orgullo desbordado y el deseo de la gloria que ha de inmortalizar al guerrero –porque ésta no se consume con el paso del tiempo, porque la gloria “irá tan lejos como se esparce el alba”³⁷– son las causas psicológicas que han impulsado a los hombres a declarar muchas guerras. La soberbia y la arrogancia, que no se doblegan; la ira, el odio y la venganza, que nublan la conciencia de los guerreros, han arrastrado a los pueblos al sufrimiento y la miseria.

Las causas psicológicas determinan que las guerras, por regla general, comiencen antes de que se dispare el primer tiro o antes de que el ejército enemigo traspase la frontera. “Nada de lo que me dices me importa, sino la matanza, la sangre y el doloroso gemir de los pueblos”, dijo, refiriéndose a los troyanos, Aquiles a Agamenón en su reconciliación con éste³⁸. “Quiero muerto o vivo a Ben Laden”, dijo Bush, consumido por el hambre de venganza, al declarar la primera guerra del siglo XXI.

“Manuel Marulanda: yo le di mi palabra y la cumplí, pero usted me asaltó en mi buena fe”, fueron las emotivas palabras con las cuales el presidente colombiano Andrés Pastrana rompió el proceso de paz con las Farc y ordenó a las tropas entrar en los campamentos del Caguán el miércoles 20 de febrero de 2002, a las nueve y veinte minutos de la noche. Y también dijo con honda preocupación: “Puse en riesgo mi popularidad, mi capital político y mi lugar en la historia”. Ni el fracaso del proceso de paz ni el desangre que vendría después le perturbaban tanto el alma al dejar el poder como ver disminuida su gloria personal, la que habría de transmitirse de generación en generación en las páginas de la historia. Esas causas psicológicas que todavía no se han tocado, aquí como allá, hoy como ayer, han sido decisivas en todas las declaraciones de guerra. También en el ataque a Irak hubo una causa psicológica: el orgullo herido de la dinastía Bush. El hijo debía completar la faena que su padre había dejado inconclusa: derribar a Saddam Hussein. Y, en Colombia, nuestro presidente Uribe tiene una profunda herida en el alma, que no logran disimular ni su rostro ni su discurso: su padre murió cuando lo iban a secuestrar.

3.5 Psicología de guerra

Hace falta que, en el marco del principio “Conócete a ti mismo”, se haga un profundo estudio de psicología y psicoanálisis sobre la personalidad de quienes provocan, ordenan y hacen la guerra. En espera de ese profundo estudio, es preciso anotar que el hombre no está constituido genéticamente para la guerra, pero que la parafernalia de la guerra, la cultura de la guerra, que es factor crucial de la guerra misma, y la ambición de gloria de los guerreros despiertan una conducta, un comportamiento, un modo de ser, un entorno humano y social que se debe denominar “psicología de guerra”. Algunos guerreros, pensadores y gobernantes llaman “guerra psicológica” a esta conducta, pero este concepto se queda corto porque sólo se refiere a todos los métodos para incidir mentalmente en las filas del bando contrario, para destruir su voluntad de resistencia y de lucha, y en segmentos importantes de la “población enemiga”, para minar el apoyo a su propio ejército.

En realidad, el concepto *psicología de guerra* comprende la conducta del propio guerrero y todas las acciones y comportamientos que afectan a los elementos humanos que se ven envueltos en un hostigamiento militar: honor,

³⁷ Ibid., Canto VII, 458.

³⁸ Ibid., Canto XIX, 214.

vanidad, fama, egoísmo, arrogancia, temor, odio, prepotencia, propaganda ideológica, amenaza, mentira, chisme, presión, rumor, etc. Esa psicología de guerra nubla la razón, doblega la sensibilidad y endurece el alma hasta el punto de llevar al sacrificio y perturbar el bienestar y la paz de todo un pueblo por los laureles que un general ha de cosechar en el campo de batalla. Y tras el laurel, en pos de esa resplandeciente felicidad de sangre y de muerte, se despiertan las pasiones de la guerra, y muchas veces el guerrero cree que podrá ganar una batalla con el decidido y firme deseo de hacerlo, y en un arrebatado de entusiasmo aspira a ver muchos muertos, heridos y prisioneros en las filas enemigas, porque quiere comprobar, con aquella visión, el temple de su alma y la reciedumbre de su personalidad.

Por esta psicología de guerra, un extraño y terrible furor se apodera de los soldados en el campo de batalla y los incita a matar una vez que han recibido la orden, así quien la dio no mate a nadie, como ocurrió en la batalla de Borodino, que perdió Napoleón frente a los rusos. Allí cayeron ochenta mil hombres de ambos bandos, pero Napoleón no disparó un solo tiro ni mató a nadie: lo hicieron sus soldados, que habían perdido la razón³⁹.

Esa conducta, ese comportamiento, esa psicología de guerra, linda con la locura en algunos guerreros, los hace sentir dueños de la tropa y de sus pueblos, y, bajo la influencia de esta locura, ellos escuchan cantos de la victoria y llevan a toda una nación a cometer locuras. Es el caso de Hitler, quien el 1.º de septiembre de 1939, al declarar la guerra a Polonia dijo, con el convencimiento de que sus palabras precipitarían la locura colectiva de todos los alemanes: “No pido al hombre alemán más de lo que yo mismo estuve dispuesto a hacer durante los años de la guerra [se refería a la Primera Guerra Mundial]. A partir de ahora no soy más que el primer soldado del Reich. He vuelto a ponerme la guerrera tan sagrada y amada. Y no me la quitaré hasta conseguir la victoria o no sobreviviré al resultado”⁴⁰. Y, a partir de aquellas palabras, el fuego quedó encendido, la locura se generalizó y la guerra fue una máquina de muerte, sin control.

Conocedores de esa psicología de guerra, los científicos de la CIA y sus pares del resto del mundo estudian procedimientos para provocar sentimientos de culpa y conflictos emocionales y, bajo tales efectos, lograr confesiones de los prisioneros de guerra. Uno de esos procedimientos consiste en someter a una persona a un bombardeo de acusaciones e interrogatorios cruzados y continuos hasta que la ansiedad la suma en un estado de confusión, y se contradiga en algún punto o en el más mínimo detalle. Como consecuencia de este mecanismo, el cerebro deja de funcionar normalmente. El psiquiatra Ewin Cameron, al servicio de la CIA, señala los eficientes resultados que se obtienen de la aplicación de este método a los prisioneros de guerra. “Al final –dice–, el prisionero se hunde mentalmente y se encuentra así en un estado muy susceptible. Se han eliminado los patrones de pensamiento previos y basta un pequeño empujón para que confiese lo que desea”⁴¹.

Esa psicología de guerra tiene tanta fuerza emocional, que conduce a que algunos hombres consideren que sólo sirven para ser guerreros o soldados en preparación permanente para la guerra y a sentir cierto orgullo de llevar una vida diferente a la de los demás. Esa psicología de guerra hace que las conflagraciones “desaten pasiones sin igual. Los combatientes están dispuestos a lo máximo: a matar y a morir. En esa atmósfera de odios exacerbados, y ante el temor de la muerte, el razonamiento objetivo se desvía con facilidad”⁴². Esa psicología de guerra es lo que motiva al general francés Andrés Beaufre a enseñar que “las operaciones han de ser llevadas con la precaución constante de conseguir un efecto psicológico en el enemigo y en la población [...]. Los combates deben ser útiles para el prestigio. Los fracasos han de ser ocultados o compensados con éxitos más importantes, destacándolos constantemente”⁴³.

³⁹ TOLSTOI, León. *Guerra y paz*. Op. Cit., p. 384.

⁴⁰ KEEGAN, John. *Historia de la Guerra*. Barcelona, Planeta, 1995, p. 439.

⁴¹ THOMAS, Gordon. Op. Cit., p. 115.

⁴² SOHR, Raúl. *Las guerras que nos esperan*. Santiago: Ediciones B, 2000, p. 74.

⁴³ *Ibid.*, p. 89.

La psicología de guerra es lo que inspira a Tony Blair a referirse a la guerra de Kosovo en los siguientes términos: “El que la Otán vencería militarmente nunca estuvo en duda [...] la única batalla que podíamos perder era la batalla en las mentes y en los corazones. Mantener el apoyo público, mantener la alianza unida, y mostrar a Milosevic que permanecíamos unidos era el objetivo primordial”⁴⁴. Conscientes de esa psicología de guerra, los bandos en disputa buscan producir la indignación de la ciudadanía local o internacional para ponerla a su favor y en contra del enemigo, como lo señala sin pudor un oficial francés al referirse a la guerra de Kosovo: “¿Recuerda a aquel pequeño kosovar de diez años –dice– que no pudo salvar a su hermana de las llamas? Bien, su testimonio, difundido al mundo entero, tuvo más valor que cincuenta divisiones”⁴⁵. Si algo tuvo el ataque a Irak, fue un asedio de psicología de guerra. Recuérdese todo el montaje publicitario e informativo que armaron Bush y su “coalición” de halcones entre septiembre de 2002 y marzo de 2003, así como durante todo el tiempo de la feroz agresión. Quienes tengan alguna duda pueden consultar los archivos de CNN.

3.6 Personalidad del guerrero

La parafernalia y la psicología de guerra han llevado a los teóricos de los conflictos bélicos a atribuirle al guerrero una serie de características sin las cuales el hombre de armas no podrá ser brillante y avasallador, ni tener las condiciones de genio. Es una herramienta táctica para sacralizar a un guerrero o comandante de tropa, por parte de los teóricos de la guerra o de los cantores épicos. Sin embargo, salvo muy contadas excepciones de hombres de acción –acción que puede canalizarse en empresas humanas menos sangrientas, como el deporte–, no hay un guerrero puro. Es la cultura avanzada de la guerra lo que crea esa personalidad del guerrero que parece invencible.

El más célebre, pero aún no bien estudiado, teórico de la guerra, Clausewitz, señala, entre otras características del guerrero, las siguientes: valor, determinación, presencia de ánimo, fuerza de voluntad y sed de honores y de fama. Para el general prusiano, la guerra implica un peligro, y, en consecuencia, el *valor* es, por sobre todas las cosas, la primera cualidad que debe caracterizar a un combatiente.

Según Clausewitz, la *determinación* constituye un acto de valor desplegado en un caso particular, que, si se transforma en rasgo característico, será un hábito mental. Pero la determinación no consiste en el valor para afrontar el peligro físico sino en el que hace falta para enfrentar las responsabilidades, o sea para encarar, en cierta medida, el peligro moral.

La *presencia de ánimo* es muy importante en la guerra porque logra sortear con éxito lo inesperado, pues se trata de una reacción que contrarresta un “peligro inopinado”.

La *fuerza de voluntad* surge cuando se presentan las grandes dificultades, cuando la tropa deposita en el comandante en jefe sus sentimientos, sus impresiones, sus ansiedades y sus esfuerzos para que éste, con la “fuerza de su aliento, la llama de su espíritu, la firmeza de su propósito”⁴⁶, haga brillar de nuevo la esperanza de los combatientes.

Sin embargo, según el propio Clausewitz, las cuatro características anteriores no son tan determinantes en la personalidad de un guerrero como la *sed de honores y de fama*: “Debemos admitir –dice– que, de todos los excelsos sentimientos que colman el pecho humano en el esfuerzo cruel de la lucha, no hay ninguno tan poderoso y constante como el de la sed de honores y de fama”⁴⁷.

Aquí se halla la verdadera fuerza individual del guerrero, pues el amor a la patria, la sujeción fanática a una idea e incluso la venganza pueden ser valores colectivos de un pueblo, pero no necesariamente el acicate del comandante

⁴⁴ Ibid., p. 90.

⁴⁵ Ibid., p. 93.

⁴⁶ CLAUSEWITZ, Carlos de. *De la guerra*. Op. Cit., pp. 227 y ss.

⁴⁷ Ibid., p. 75.

de una tropa, que va en la búsqueda de honores y de fama. “Esos otros sentimientos pueden animar en general a grandes masas, e inspirarles sentimientos sublimes, pero no producen, en el jefe, el deseo de descollar entre sus compañeros, lo cual constituye el requisito esencial de su posición, si es que se propone lograr algo digno de mención”⁴⁸. Ésta es una característica que comparten todos los jefes, desde el más insignificante hasta el más poderoso, y conduce a que los ejércitos alcancen la victoria. “Estas aspiraciones, compartidas por todos los jefes, desde el de mayor graduación hasta el menos importante, esta especie de diligencia, este espíritu de emulación, este acicate, son los que determinan en particular la eficiencia de un ejército y lo hacen triunfar”⁴⁹.

Al estudiar la personalidad del guerrero, Clausewitz clasifica a los hombres en cuatro tipos: flemáticos o indolentes, excitables, inflamables e inmovibles. A los *indolentes* no se los saca de casillas con facilidad, pero carecen de fortaleza de carácter, aunque muestran cierta eficacia parcial en la guerra, justamente debido a su inmutable equilibrio.

A la personalidad del segundo tipo corresponde el *excitarse* con facilidad ante asuntos insignificantes; pero quienes la tienen se quedan en suspenso frente a cuestiones relevantes. Los guerreros de este tipo muestran una gran actividad cuando se trata de ayudar a un semejante en desgracia, pero un peligro que amenace a su nación los deprime en lugar de animarlos a la acción.

Las personalidades *inflamables* no suelen adaptarse a la vida práctica y, por tanto, no son muy apropiadas para la guerra. Es cierto que cuentan con la ventaja de promover impulsos fuertes, pero éstos no duran. Sin embargo, si su vitalidad se inclina por el valor y la ambición, estos hombres pueden llegar a ser muy útiles en la guerra.

Los *inmovibles* son los hombres más indicados para poner en movimiento, haciendo uso de su fuerza titánica, las acciones de guerra. De acuerdo con la descripción de Clausewitz, éstos son, para los pueblos, los más peligrosos de los guerreros. “Incluso entre las clases más elevadas de los pueblos cultivados, la vida rebosa de este tipo de ejemplares, de hombres obnubilados por la violencia de sus pasiones, del mismo modo que el cazador furtivo de la Edad Media, atraído por el venado, se sentía arrastrado a internarse en la floresta”⁵⁰.

Una personalidad inmovible puede ser la de William Buckley, agente de la CIA, veterano en las guerras de Corea y Vietnam. Al valiente Buckley lo apasionaba la acción y lo arrastraba el peligro. En Beirut, “en una ocasión, él y un colega suyo de la embajada norteamericana se encontraron bajo el fuego de artillería cuando iban a comer. Mientras las bombas estallaban muy cerca, Buckley aparcó tranquilamente y entró al restaurante, donde encontró a los comensales escondidos debajo de las mesas. Con toda calma pidió la comida para él y su compañero y la fue a buscar a la cocina”⁵¹.

CONCLUSIONES

La investigación adelantada en este artículo, permite arribar a las siguientes conclusiones:

1ª. La guerra no precedió al Estado. Partiendo de la edad de la especie humana, la guerra es un flagelo de reciente aparición. Durante más de treinta mil años, la vida de la especie *Homo sapiens* transcurrió en bandas y pequeñas aldeas, sin necesidad de faraones, reyes, ministros, presidentes, gobernantes, legisladores y generales que hirvieran la guerra.

2ª. Aunque el hombre está predispuesto a la agresividad primaria, sus genes no están programados para dirimir las controversias mediante la guerra. Antropólogos, sociólogos, historiadores, etólogos coinciden en señalar que

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ Ibid.

⁵⁰ Ibid. p. 79.

⁵¹ THOMAS, Gordon. Op. Cit., p. 42.

la guerra es fundamentalmente un producto de la evolución cultural, algo artificial, innecesario e inventado, que no se halla en la naturaleza del hombre.

3ª. Detrás de las causas materiales de la guerra (la conquista, las disputas ideológicas, el fanatismo étnico-religioso y las desigualdades) está el elemento psicológico del guerrero: su arrogancia, su odio, su venganza, sus ansias de gloria y de poder. Este es el mayor acicate del comandante de una tropa: “Ante ti está el trofeo dorado, la victoria, el fruto que mitiga la sed de ambición”⁵².

BIBLIOGRAFÍA

- Artículo “Guerra”, en *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Madrid: Espasa-Calpe, 1925.
- BALLÉN, Rafael. *Teoría general de derecho del trabajo*. Bogotá: Forum Pacis, 1994.
- CLAUSEWITZ, Carlos de. *De la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa de España, 1999, tt. I y II.
- DARWIN, Carlos. *El origen de las especies*. México: Porrúa, 1997.
- EIBL-EIBESFELDT, Irinäus. *La sociedad de la desconfianza. Polémica para un futuro mejor*. Barcelona: Herder, 1996.
- GENOVÉS, Santiago. *Expedición a la violencia*. México: Universidad Autónoma de México. Fondo de Cultura Económica, 1991.
- HARRIS, Marvin. *Nuestra especie*. Madrid: Alianza, 1995.
- HEDGES, Chris. *La guerra es la fuerza que nos da sentido*. Madrid, Síntesis, 2003.
- HERÓDOTO. *Historia*. Madrid: Gredos, 1992.
- HESÍODO. *Los trabajos y los días*. (Hay múltiples versiones).
- HILLMAN, Karl-Heinz. *Diccionario enciclopédico de sociología*. Barcelona: Herder, 2001.
- HOMERO. *Ilíada*. (Hay múltiples versiones).
- HUNTINGTON, Samuel P. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós, 2001.
- KEEGAN, John. *Historia de la Guerra*. Barcelona: Planeta, 1995.
- PLATÓN. *República*. (Hay múltiples versiones).
- POLIBIO. *Historias*.
- SAN AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. México: Porrúa, 1966.
- SARAMAGO, José. “Este mundo de la injusticia globalizada”, artículo publicado en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*. Bogotá, domingo 24 de febrero de 2002
- SEÑOR GONZÁLEZ, Luis. *Diccionario de citas célebres*. Madrid: Espasa, 1999.
- SOHR, Raúl. *Las guerras que nos esperan*. Santiago: Ediciones B, 2000.
- SOUAÏDIA, Abib. *La guerra sucia. El testimonio de un ex oficial de las fuerzas especiales del ejército argelino, 1992-2001*. Barcelona: Ediciones B, 2002.
- SUN TZU. *El arte de la guerra*. Traducción del chino al inglés e introducción de Samuel B. Griffith. Traducción del inglés al español de Jaime Barrera Parra. Bogotá: Panamericana, 1999.
- THOMAS, Gordon. *Las torturas mentales de la CIA*. Barcelona: Ediciones B, 2001.
- TOLSTÓI, León. *Guerra y paz*. Madrid: Editores, 1998, p. 381.
- WALZER, Michael. *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Barcelona: Paidós, 2001.

⁵² CLAUSEWITZ, Carlos de. Ob. Cit., p. 227.